

dotaba á la filosofía vulgar de notables máximas y sentencias, entre las cuales recibían universal aplauso: *La mujer buena corona es del varón*; *La sciencia non embota el fierro de la lanza*, y otras no menos dignas de su gran reputación y larga experiencia ¹.

V.

Sujetos así los refranes al doble comercio de populares y discretos, llegaban al siglo XVI para ser en parte modificados por los que se preciaban de poetas, llamando al par la atención de muy señalados humanistas, quienes siguiendo el ejemplo de don Íñigo Lopez de Mendoza, ponían todo empeño en recoger aquellos esparcidos tesoros. Fué el primero que en la referida época, tan floreciente para las letras, imitó al ilustre Marqués de Santillana Mossen Pero Vallés, á quien dejamos ya citado: reunía este diligente aragonés cuatro mil y trescientos adagios *puros castellanos*, con algunos pocos italianos y catalanes, poniéndoles ciertos preámbulos y al cabo unas declaraciones de hasta ocho proverbios, y dándolos á luz en Zaragoza en el año de 1549. Mientras acudiendo Vallés á la memoria de la muchedumbre para dar cima á este ilustrado propósito, levantaba en sus refranes formidable ariete contra los que han sospechado que no fué hablada en

Tan lexos de corazón.

(Pág. 452 de dichas *Obras*).

Coplas al muy excelente y muy virtuoso señor don Alfonso rey de Portugal, estrofa VI, pág. 251.

¹ El primer refrán fué debido á la estrofa XLIV de los *Proverbios* (página 45 de las *Obras*): el segundo, que aparece bajo las formas de «*No embota el saber la lanza al guerrero*, y *letras no embotan las armas*,» está tomado del prólogo de los mismos proverbios, dirigido al príncipe don Enrique (página 24). En las cartas dirigidas á su primo Fernán Álvarez de Toledo, cuando estaba este preso, se hallan también máximas que armadas de metro y rima, pasan al dominio común. Tales son (pág. 153):

- I. Ser fuerte é fermoso | obra es de natura;
Abundar en riquezas | obra es de fortuna.
- II. Qualquier cosa que pusieres, | persevera en la guardar.
Non fables arrebatado, | ca demuestra vanidad.

Aragón la misma lengua de Castilla, hacia en Salamanca plausibles esfuerzos el comendador Hernán Nuñez, celebrado ya por sus comentarios á Juan de Mena, y más todavía por su grande autoridad en la enseñanza de las letras humanas, por acopiar los antiguos proverbios del vulgo, comprándolos á subido precio y preparándose á glosarlos, ya en los últimos años de su vida. No le dejó la muerte llevar á cabo su intento: los refranes que andan con su nombre salían á luz en 1555 «con gran copia de lenguas extrañas, como portugueses, gallegos, asturianos, catalanes, valencianos, franceses, toscanos, y asimismo muchos tan desnudos como nascieron, harto vergonzosos y de mal ejemplo» ¹, quedando á otros eruditos la empresa de las glosas y comentarios.

Acometióla pocos años después Juan de Mal-Lara, discípulo del mismo comendador Griego, con no escasa fortuna: su *Philosophia vulgar*, riquísimo repertorio en que debió glosar sobre diez mil refranes castellanos, cuya interpretación consultó «con muchos viejos y viejas» ², no solamente daba cumplida razón de la inmensa lectura que tan respetado humanista había hecho de los poetas, historiadores, oradores, filósofos y cosmógrafos de la antigüedad, sino que justificaba plenamente la importancia atribuida en general á los refranes. Apartándose de la senda común de los compiladores que le habían precedido, sustituía al orden alfabético otro más racional y filosófico, separando por materias y dividiendo en millares y centurias todo aquel numeroso aparato de proverbios, en los cuales reconocía los más preciosos elementos de la cultura española. Mas no pudo tampoco Mal-Lara terminar su obra, cuya primera parte, dedicada á Felipe II, y dada á la stampa en 1568, es la única que ha llegado á nuestros días. Entre tanto recogía en Valencia «de muchos autores y conversaciones» no despreciable número de «refranes de mesa, salud y buena crianza» el diligente Lorenzo Palmireno, é imprimíalos en el siguiente año de 1569 ³.

¹ Mal-Lara, *Philosophia vulgar*, preámb. XI.

² Preámb. XIII.

³ Debemos observar que no fueron estas las únicas colecciones de refranes.

Despertada ya la atención de los eruditos sobre tan rico depósito de la filosofía vulgar, hicieronse diferentes ensayos para buscar en las antiguas literaturas equivalencias más ó menos afortunadas, más ó menos racionales; y diez y ocho años después de aparecer los adagios de Palmireno publicaba el licenciado Alfonso Sanchez de la Ballesta su *Diccionario de vocablos castellanos aplicados á la propiedad latina*, en el cual declaraba gran copia de refranes vulgares, asimilándolos á los empleados por los escritores del siglo de Augusto ¹. Doscientos cincuenta refranes reducia por el mismo tiempo á igual prueba el maestro Fernando de Benavente, poniéndolos en versos latinos; ejemplo que imitado al comenzar el siglo XVII por Alfonso de Barros en su *Perla de proverbios morales* ², daba por fruto los *Proverbios concordados* del célebre maestro Bartolomé Ximenez Patón, uno de los más distinguidos humanistas españoles ³. Pero quien mayor empeño mostró en este linaje de tareas, mediado ya el referido siglo, fué sin duda el licenciado Gerónimo Martin Caro y Cejudo,

nes vulgares formadas en el siglo XVI. Conocemos, entre otras selecciones de dicha época, dignas de recordarse: 1.º *Refranes glosados* por Mossen Dimas Capellan (Toledo, 1510, 4.º; impresor Juan Varela); 2.º *Fórmulas adagiales latinas y españolas* por Juan Ruiz de Bustamante (Zaragoza, 1551, 8.º; impresor Estevan de Nájera); 3.º *Siete centurias de adagios castellanos* (Ms., fól.) por Juan de Melo, toledano, con un prólogo de Ambrosio de Morales; y 4.º *Proverbios morales* de Alonso Guajardo Fajardo, de Córdoba, impresos allí por Gabriel Bejarano, 1585, 8.º El autor del *Diálogo de las lenguas* declara también que recogió, estando en Roma, un copioso cuaderno, fundando sobre los proverbios que encerraba las principales observaciones sobre los orígenes de la castellana: en la *Biblioteca de Salazar*, que hoy posee la Real Academia de la Historia, existe un códice, signado M. 142, que desde el fól. 229 en adelante contiene no escaso número de adagios vulgares, reunidos por un curioso de Valladolid en 1541; y en la misma Academia se guardan varios cuadernos de refranes, bien que recogidos en época más cercana. Lástima que haya desaparecido de la Biblioteca del Escorial el Ms. j L. 16, que contenía, según consta en los antiguos índices, numerosa colección de *Refranes vulgares*, acaso anteriores al siglo XVI.

¹ Salamanca, 1587.

² Madrid, 1601.

³ Baeza, 1615; Lisboa, 1617.

que aprovechando en sus *Refranes castellanos y latinos glosados* cuantos trabajos se habían hecho en España, y teniendo á la vista la aplaudida colección de Erasmo, lograba prestar señalado servicio al estudio de las lenguas latina y castellana ¹. Cejudo sólo consideraba, sin embargo, los refranes españoles bajo el aspecto de la forma gramatical y retórica, si bien daba algunas explicaciones sobre su inteligencia: la gloria de haberles reconocido su verdadera importancia filosófica seguía perteneciendo al sevillano Juan de Mal-Lara.

Y no sea esto decir que tan respetable humanista desconociera que el estudio filológico de los refranes castellanos era en suma el estudio de la historia de la lengua: respecto de este punto, después de tratar de su estructura y manifestar las excelencias de los proverbios vulgares, añadía: «Los refranes aprovechan para el ornato de nuestra lengua y escritura: son como piedras preciosas salteadas por las ropas de gran precio, que arrebatan los ojos con sus lumbres; y su disposición dá á los oyentes gran contento; y como son de notar, quédanse en la memoria» ². «Los refranes en la oración concertados (decía en otro lugar) luceen mucho, no como en tablilla de platero adonde no están las piezas y joyas de oro para hermosura, sino para guarda» ³. Imposible era en verdad que un escritor consagrado de lleno á la enseñanza de las letras humanas, perdiera de vista la cuestión de forma, punto capitalísimo entre los eruditos del siglo XVI; pero la parte más principal de los adagios españoles, aquella en que «no tenemos menester los latinos, griegos ni toscanos» ⁴, aquella

¹ Madrid, 1695.

² Preámb. IX.

³ Preámb. X.

⁴ El erudito Sarmiento intenta demostrar, con el testimonio del famoso Salmasio, cuyas palabras cita, que los refranes españoles «exceden á todos en sagudeza» (núm. 419). Nosotros creemos que hay mayor exactitud en el aserto de Mal-Lara, por ser menos ambicioso y porque no ofende la cultura de los demás pueblos. Sobre este punto juzgamos que no puede haber preferencia filosófica: los refranes son fiel espejo del estado intelectual de cada nación, y serán más perfectos cuando más conformes se hallen con dicho estado, teniendo siempre en cuenta todos los elementos que á su formación

»que ayudaba á levantar el ánimo á mayores cosas», era la doctrina.

Partiendo del fondo de la civilización castellana, reflejando, como la poesía tradicional, la historia intelectual y política de un gran pueblo, debían tener los refranes el privilegio de dar vida y color á todas las producciones del arte, fecundando al par las obras de la elocuencia y de la historia, y contribuyendo á caracterizar en gran manera las inmortales creaciones de nuestro riquísimo teatro. Mas cuando la poesía popular y la filosofía vulgar acuden de consuno á cimentarlo, ya se habían alterado notablemente las formas primitivas de los refranes castellanos, si bien ofrecían en todas partes claros indicios de su venerable antigüedad y generosa procedencia.

Borrados pues en cierto modo sus nativos caracteres, si continuaron reflejando las diversas transformaciones de la literatura española, hasta llegar á su lastimosa decadencia, ese mismo progreso los apartaba de día en día de sus primeras fuentes; consideración que nos mueve á dejar la pluma en este punto, pues que principalmente se encaminaban nuestras investigaciones á comprobar por medio de los refranes las relaciones que guardan con la manifestación artística de la poesía vulgar, ya cantada, ya escrita, durante los primeros siglos de su existencia. Que esto queda demostrado hasta la evidencia, no hay para qué ponerlo en duda al fijar la vista en los numerosos ejemplos que dejamos citados: ninguno de los metros conocidos y ensayados en toda la edad media falta en tan variado repertorio: todos dan cabal idea de sus orígenes, y todos revelan las sucesivas épocas por que vá pasando el ingenio español hasta alcanzar completa madurez y desenvolvimiento. La unidad de todos estos elementos artísticos

contribuyan. Son la fórmula más espontánea de la experiencia; en todas partes se visten de los despojos de la flaqueza humana, y en su varia transformación sirven de vínculo á las diversas civilizaciones, denotando con su semejanza ó disparidad lo que los pueblos tienen de común ó antipático, ya en la religión y la política, ya en la moral y las costumbres, ya en la legislación ó en el clima.

es por tanto la prueba más autorizada de su mútua legitimidad, y la condenación más elocuente de toda teoría que no tenga por único fundamento la inflexible verdad de la historia ¹.

¹ No terminaremos sin dejar comprobado hasta qué punto llega la unidad de expresión respecto de los *refranes*, *palabras* ó *fabliellas* del vulgo en todos los reinos que dividieron antiguamente la Península Ibérica, siendo por tanto imposible dudar de que todas sus formas provienen de una misma fuente. Sólo traeremos aquí con este intento algunos refranes gallegos, portugueses y catalanes, expresados en los primitivos metros de nuestra poesía vulgar, desde los versos de diez y siete á los de ocho sílabas.

Gallegos:

Deus nos dia con que riamos | é non seian filbos acharros.
 Mal vay á o passariño | que anda en mao do meniño.
 La fezenda do crego | dala Deus é leva o démo.
 Non ha tal feitição | como o bon serviçio.
 O lusto é o viño | fay o vello meniño.
 Millor e pan duro | que figo maduro.
 De ruyn maderá | nunca boa estela.
 Quem mata arbela, | mays sabe quela.
 Pedra de Ygreia | oro goteia.
 Ben pagado | vay o pato.

Portugueses:

Quando a Roca ten capelo, | colle a vela e vayte a Roselo.
 A cortiça ardelhe o manto | é fíncahe o quebrauto.
 Salata ben salata, | poco aceto é ben oleata.
 Outre come as nozes | é eu teño as rozes.
 Iano de novjella | poutro de yegua viella.
 O carro que canta | á seu dono avanta.
 Onde ay muyto risso | ay pouco sisso.
 Quem ten bon uiño | ten bon amigo.
 De la ouca | mania ne pouca.
 Achó o cego | un dynheyro.

Catalanes y valencianos:

Non dones tant á Sant Pere | que apres agües d'anar arriere.
 Home royx é gos cerrut | avan mort que conegut.
 Pera, presec é meló | volen lo vi felló.
 El noy é el orat | digüen la veritat.
 Per amor del bou | llepa lo llop el iou.
 Ni pedra redona | ni gent de Girona.
 Qui non bat en Iuliol, | non bat quand vol.
 Qui ten corps bel, | non cal mantel.

 Barba roxa | molt vent porta.

Tan notable conformidad, hermanándose con la ya señalada en órden á

los romances populares, que presupone un mismo y comun origen respecto de las formas métricas adoptadas por las lenguas romances (lo repetimos una y mil veces), rechaza de una manera eficaz toda teoría que sobre este punto no busque su fundamento en la historia. Aun fuera de nuestra España podría tener aplicación tan útil estudio comparativo á los orígenes de las literaturas meridionales; y así respecto de la poesía provenzal como de la italiana y aun de la francesa, es indudable que produciría satisfactorios resultados. Los más antiguos refranes de todas estas lenguas tienen muchos puntos de contacto, en su expresión, con las *fabliellas* y *retraeres* españoles.

ILUSTRACION VI.

SOBRE LA INFLUENCIA DE LOS TROVADORES PROVENZALES
EN LA PRIMITIVA POESÍA CASTELLANA ¹.

I.

Cuando los críticos extranjeros, que aspiran á conocer en la presente edad los inapreciables tesoros de la literatura castellana, condenan al ingenio español á ser el último que se levanta de entre las ruinas del mundo antiguo; cuando escritores nacionales de alta y merecida fama, siguiendo el impulso de aquellos, le niegan la espontaneidad y la originalidad al mismo tiempo, derivándola de extrañas naciones, apenas acertamos á explicar la admiración que en nosotros producen la sencillez, la verdad, el vigor y la no ostentada riqueza de los primitivos monumentos de nuestras letras, acusadas desde su cuna de soñolientas é imitadoras. Sube de punto la admiración, cuando al negar la antigüedad de nuestra literatura, poniendo en tela de juicio la legitimidad de sus orígenes, se concede que fué hija la poesía española del entusiasmo bélico y religioso de nuestros mayores, reconociéndose, como títulos brillantes de aprecio, esa misma originalidad y espontaneidad, de lleno rechazadas hasta ahora. Á la verdad no es fácil descubrir las causas de contradicción semejante; mas si al estudiar las primicias del arte español, se hubiese procurado reconocer su procedencia y establecer sus relaciones con los demas-

¹ La mayor parte de las ideas y noticias, contenidas en esta *Ilustración*, vieron ya la luz pública en 1830, formando parte de la siguiente tesis: «*La poesía española no debe su nacimiento á la lemosina.*»